

cion oratoria que descubre un talento verdaderamente grande para profundizarlo todo; esos caracteres morales donde vemos con sorpresa nuestro propio retrato, y donde reconocemos con rubor que ya no somos los depositarios únicos de nuestros mas profundos y vergozosos secretos: en fin, ese empleo de la santa escritura, que á cada paso viene á perturbar la falsa quietud de nuestro corazon, discernimiento feliz que anuncia una sabiduria profunda, y prepara una victoria completa contra los vicios: todo este conjunto, repito, nos hace ver el Sermon de la Impenitencia Final como uno de los mas distinguidos ejemplos de la oratoria, y á su esclarecido autor como un genio admirable que si tiene igual, acaso no tiene superior. No me olvido de que se han encontrado en Massillon algunos defectos en que no incurre Bourdaloue; y que en esta misma pieza pudieran censurarse ciertos descuidos, como la especie de prolijidad en que á veces ocurre, tal cual pasage en que suele repetirse, y algunas exhortaciones muy comunes; pero estas bien realzan que oscurecen el brillo del Orador, por que deben tenerse como felices negligencias que hacen desaparecer hasta la última sospecha de refinamiento y estudio. Concédase pues en buena hora á su glorioso rival el mérito de un raciocinio insuperable; pero quédese al Obispo de Clermont el derecho de reunir todos los homenajes, quando se trata de aquella mocion dulce y fuerte al mismo tiempo, tan propia para rendir y sojuzgar hasta el corazon menos accesible á los transportes de la virtud. *La mayor gloria de Bourdaloue dice d^o Alembert, consiste sin duda en que aun sea disputada la preeminencia de Massillon.* (*)

(*) *Eloge de Jean-Baptiste Massillon.*

OBSEVACIONES CRITICAS

SOBRE EL SERMON
DE LA MUERTE DEL PECADOR

LA MUERTE DEL JUSTO.

Si recordamos que el objeto de los Sermones morales es encaminar á los fieles no solamente á la enmienda de los vicios, sino tambien á la práctica de las virtudes, y que pueden procurarse ambos objetos sin perjuicio de la unidad de plan que ha de haber siempre en las composiciones literarias; los dos cuadros que Massillon presenta en este discurso, lejos de incurrir en el defecto de aquella, como lo pretende el Cardenal Maury, conspiran admirablemente á ganar el alma por el suave y delicioso influjo de la virtud, despues de haberla hecho estremecer al aspecto de la horrorosa deformidad y funestos resultados del vicio. Estas dos perspectivas ofrecen un cabal contraste, por que el retrato espantoso del pecador, que precede á la inágen consoladora del justo, viene á servir de sombra, digámoslo así, y derrasa por tanto un interés muy vivo sobre la hermosísima pintura de la única felicidad que puede existir en la tierra. Sin duda que la dicha no requiere sombras ni contrastes para difundir en el espíritu las dulces y tranquilas impresiones de la belleza; pero quando la sombra realza la perspectiva; quando lo obscuro limita los contornos de la luz para distin-

guirla ea toda su claridad y completar el colorido, ¡qué de encantos no presta á la pintura! El espectador entonces puede recorrer, en mil delicados pormenores, diferentes grados de variadas bellezas, sin perder con esto la idea del conjunto.

A fin de producir un efecto tan maravilloso, Massillon ha sabido aprovecharse de todos los recursos que presta la elocuencia. La admirable maestría con que en ambas partes está manejado el climax oratorio; esa mirada terrible y penetrante que arroja sobre las pasiones, para manifestarlas de conierto arrastrando á los hombres á un destino fatal; la mezcla de una lógica exactísima con los afectos mejor sentidos; movimientos felicísimos diestramente preparados; la fuerza de una imaginación, dirigida y moderada por el buen gusto; finalmente una especie de acción dramática que mantiene en toda su energía la atención del auditorio: tales son en mi concepto los caracteres que distinguen este bello discurso.

Es lástima encontrar en él algunos ligeros descuidos, que si pudieran justificarse en parte con la necesidad que parece haber de sacrificarlo todo á la claridad, principalmente en los discursos dirigidos al comun de los fieles; no todos son de este género, pues hay algunos que bien pudieran haberse evitado, mediante un esmero que nunca puede ser excesivo en las composiciones literarias. Enumeraciones prolijas, repeticiones tan frecuentes que casi declinan en redundancias, amplificaciones vagas á veces y siempre excesivas, y finalmente, cierto decaimiento que se nota en la segunda parte, son los defectos mas notables de este Sermon.

Pero casi nunca aparece uno de estos defectos, sin que venga un rasgo lleno de primores á destruir inmediatamente aquella impresión desagradable. Es el descenso de la Aguila, que no parece bajarse hasta la tierra, sino para recobrar el aliento y remontarse mas en la region inaccesible. Son los descuidos de un Orador que posee

do profundamente de su asunto y ocupado todo y solo de las grandes verdades que anuncia al pueblo para promover sus intereses eternos, se deja arrebatado hasta los cielos por el impulso de su inspiración, dejando el cuidado de pequeños pormenores, á los que no tengan una vista suficiente para abarcar el conjunto.

Despues de habernos hecho pasar por todas las situaciones de la vida del pecador, y cuando en los recuerdos de lo pasado, en la consideración de lo presente y en el aspecto de lo futuro no halla sino torcedores crueles que despedazan sus entrañas, imágenes delincuentes que refrezcan la memoria de su iniquidad, una nube espesa que hace desaparecer hasta el último vislumbre de la esperanza, el abismo abierto delante de sus ojos en vez del mundo que ha huido para siempre, y al Juez inmutable señalándole con el dedo este lugar de desesperación, como su última morada; concluye su primera parte con este movimiento terrible, con este cuadro espantoso, el mas perfecto y admirable que ofrece la elocuencia. „Entonces el „pecador moribundo, no encontrando ya en la memoria de lo pasado, sino remordimientos que le „consumen, en cuanto se presenta á sus ojos, imágenes que le afligen, y en el pensamiento de lo „futuro, horrores que le espantan; no sabiendo ya „á quien recurrir, ni á las criaturas que se le „escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los „hombres que no pueden librarlo de la muerte, ni „al Dios justo que mira como un enemigo declarado de quien ya no debe esperar indulgencia; se „revuelve en sus propios horrores, se atormenta y „agita por huir de la muerte que ya casi le tiene „en sus manos, ó siquiera para huir de sí mismo: „sale de sus ojos moribundos un no sé que de „sombrio y de feroz, que expresa los furiosos de „su alma: desde el hondo seno de su tristeza arroja palabras que no se oyen sino á medias, interrumpidas por sus sollozos; y que no se sabe si

„las ha formado la desesperacion ó el arrepenti-
 „miento: arroja sobre el Dios crucificado miradas
 „terribles, y que dejan motivo para dudar si lo que
 „ellas expresan es el temor ó la esperanza, el odio
 „ó el amor: empieza á padecer violentas conmo-
 „ciones; pero se ignora si es el cuerpo que se disuel-
 „ve ó el alma que siente ya la llegada de su Juez:
 „suspira profundamente; pero no se sabe si le arran-
 „ca estos suspiros la memoria de sus crímenes ó
 „la desesperacion de dejar la vida: en fin, en me-
 „dio de estos tristes esfuerzos, sus ojos se fijan,
 „sus facciones se alteran, su rostro se desfigura,
 „su boca livida se entre-abre por sí misma; estre-
 „mécese todo su cuerpo; y con este último co-
 „nato, su alma infeliz se arranca; como á despe-
 „cho, de este cuerpo de barro, cae entre las ma-
 „nos de Dios, y se encuentra sola á los pies del
 „Tribunal terrible.” No puede encarecerse bas-
 „tante la superioridad de esta pintura: al sentimien-
 „to corresponde mas bien que á la fria reflexion de-
 „sempeñar aqui el oficio de la critica. Para sentir
 „toda su belleza, su energia y sublimidad, no basta
 „leerlo simplemente, no basta considerarlo de una
 „manera aislada; es necesario abarcar la totalidad
 „del objeto, entrar en los designios del Orador, par-
 „ticipar de sus emociones; y sobre todo, no perder
 „de vista los fuertes argumentos con que antes ha
 „convencido, las imágenes terribles con que nos ha
 „asaltado, los movimientos decisivos con que ha pro-
 „ducido ya una mudanza en nuestro corazon. El
 „hombre al llegar aqui, se siente abrumado con el
 „peso de las graves memorias y de las reflexiones
 „mas profundas.

¿Que mas se necesita para disponer el es-
 „píritu á las impresiones suaves y deliciosas que
 „debe producir la muerte del justo? Cuando el
 „Orador ha sabido identificarnos de tal modo con el
 „réprobo infeliz, que sucumbe por último á sus
 „cruelles dolores en el lecho de la muerte, que sen-
 „timos sus mortales angustias, sus cruelles remordi-

„mientos y la incertidumbre de su destino confirmada
 „por la experiencia de nuestros extravíos, nos ase-
 „mejamos al hombre que luchando con las olas de
 „un mar enfurecido, mira roto el navio, y el abis-
 „mo abierto para sepultarlo en sus senos. Si cuan-
 „do este desgraciado acaba de decir el último á
 „Dios á sus esperanzas, percibe entre la oscuridad
 „que le circunda, y al vislumbre del último rayo,
 „una mano benéfica que le promete la vida; ¡no
 „se siente repentinamente mudado y dispuesto á ver
 „como la suprema dicha el simple término de aque-
 „llas inquietudes mortales, la mera negacion de sus
 „padecimientos? Tan feliz y bella sin duda es la
 „preparacion oratoria, que con el espectáculo del
 „pecador moribundo, hace, para ofrecer á nuestra
 „vista la risueña y consoladora perspectiva de la
 „muerte del justo. Para que esta segunda parte
 „surtiera todos sus efectos, y nos hiciese amar la
 „virtud mas tal vez de lo que habiamos detestado
 „los vicios, no necesitaba el Orador de haber com-
 „puesto su cuadro de goces positivos, pues para sen-
 „tirse en la plenitud de la dicha, bastaba estar libre
 „del terror, del espanto, la amargura y desespera-
 „cion en que nos creiamos ya irremediamente con
 „la muerte del pecador. El que para apreciar las
 „composiciones literarias, no cuenta con otra luz
 „que la de su razon y su critica, encontraria por
 „ventura esta segunda parte tan inferior á la pri-
 „mera, que á su juicio debia suprimirse del todo,
 „ó á lo menos invertirse el orden del discurso; pero
 „quien dotado del inestimable privilegio de sentir,
 „analiza los sentimientos y se pide cuenta de todas
 „sus afecciones, encontrará este segundo cuadro, no
 „solo como digna continuacion, sino como indispen-
 „sable complemento del primero. ¿Al pasar nues-
 „tra vista por las primeras líneas de la muerte del
 „justo, no sentimos poco á poco disiparse la espesa
 „nube, disminuirse el peso que nos agobiaba y
 „difundirse por nuestro espíritu un bienestar muy
 „agradable, hijo de la esperanza que se creia perdida,

y que sin embargo empieza á renacer? Analizemos este sentimiento: ¿quien ha podido producirlo? ¿por ventura la primera parte? ¡Ay! al tiempo de concluirla creíamos tambien terminada nuestra existencia y consumada nuestra reprobacion. ¿Acaso la segunda? Pero considérese sin relacion con la primera, y la ilusion desaparece, y el sentimiento no existe, y la pieza pareceria notablemente mediana. No sucede asi mirándola en esta relacion maravillosa, como podrá experimentarlo cualquiera que se determine á hacer el ensayo. Estos sentimientos indefinidos, estas relaciones felices, este tino y discernimiento para aprovecharse hasta de las menores circunstancias, esta sabia distribucion de las impresiones, de los cuadros, de las pruebas y de los movimientos, este no sé que, cuyo principio se busca en vano en alguna parte del discurso, y que sin embargo, tiene una causa muy real y muy positiva; he aqui la mano invisible del genio, he aqui, para decirlo de una vez, los impenetrables y augustos arcanos de la verdadera elocuencia.

¿Quien no se siente inundado en las puras delicias que experimentan las almas fieles en la morada feliz, cuando mira en el justo que espira, aun en medio de sus dolores, el espectáculo más bello que puede presentar la tierra? ¿Cuando borrando de su espíritu el cómputo limitado del tiempo, se fija para siempre en los años eternos? ¿Cuando persuadido ya de que es un extraño entre los suyos, de que no es ya hombre de su pais, nos descubre en sus movimientos y discursos al extranjero de partida, que vuelve por fin á los campos de la patria? ¿Quien no detesta los placeres delincuentes, cuando mira sus funestas é inevitables resultas en la reprobacion consumada del infeliz pecador que no ha sabido reprimirlos? ¿Pero quien no ama las deliciosas penalidades y satisfactorias privaciones de la virtud, cuando en el mismo lecho del dolor mira al bienaventurado que espira ceñido con el laurel del triunfo que supo adqui-

rir sobre las pasiones y los vicios? ¿Cuando le mira ya cubierto con el resplandor purísimo de la gloria, hallando en cada paso de su vida, y hasta en sus mismas debilidades, un manantial perenne de consuelos, diciendo el último adios á las riberras del tiempo, y saludando con el cántico de Moyses al padre de las misericordias?

Si los estrechos limites á que la necesidad nos reduce permitieran dar mayor amplitud á estas reflexiones críticas; lejos de contentarnos con una ojeada general, descenderiamos á varios por menores que inspiran el mas vivo y universal interes. Hariamos escuchar un soliloquio puesto en la boca del pecador, en cuyo pasage vemos levantarse la elocuencia hasta una altura incomparable; celebraríamos esta imaginacion fidelísima que va ofreciendo á los ojos del moribundo, como en una triste galeria, mil objetos que antes le habian inundado de placer y en el instante critico le penetran de terror: esas *penas inútiles*, causa de tantas agitaciones y precursoras de goces tan momentaneos; los servicios á la república, las acciones guerreras, las nobles cicatrices, los aplausos contemporaneos, las brillantes recompensas, los orgullosos monumentos levantados en las plazas públicas; triste comitiva de fantasmas que llegan solo hasta el sepulcro. Veriamos pasar rápidamente por el último lecho la brillante pompa de la corte, la sociedad inmensa de los aduladores, el magnífico palacio, las producciones donde se admiraba el genio del artista, la mesa espléndida, el hijo tierno, la consorte querida, abandonándolo para siempre. Despues de esto, se animaria á nuestra presencia un cuadro bien extraño, teatro súbito de transformaciones increíbles: el crédito y la autoridad convertidos en indiferencia; la estimacion pública en un olvido profundo; el cuerpo con los atractivos de la naturaleza ó los atavios de la moda, en un cadáver inmundo que llena de temor á cuantos quisieran acercarse. En fin, una palabra muy sencilla con que la Iglesia

anuncia la partida del alma; *proficiscere, anima cristiana*, vendria luego á suceder al pomposo nombre de *Príncipe*, á las voces de la fama y al idioma redundante de la lisonja. Fatigados ya de un espectáculo tan horroroso, de unas ideas tan funestas, volveriamos, como para buscar alguna tregua, nuestros ojos al humilde pero delicioso lecho del moribundo virtuoso; y el *descanso de las penas*, y el *recreo de una dicha nueva*, y la *seguridad infalible que la eternidad* ofrece á la venturosa recompensa del justo, ¡que bálsamo tan á propósito para calmar los dolores del alma, arrebatarla con mil suaves trasportes y difundir por toda ella un arrobamiento feliz! ¡Con cuanta avidez no apurariamos tantos placeres literarios, exaltando hasta los cielos la ardiente y fecunda imaginacion que tan bien ha sabido encantar el doloroso lecho de la muerte!

Cediendo pues una tarea tan dulce al buen gusto de nuestros lectores, dirémos, para concluir, que este sermón y el que precede son dos modelos en que resplandecen caracteres diversos á la verdad, pero igualmente perfectos. En el de la *impenitencia final*, admiramos principalmente, el arte de propagar las ideas en el orden de la lógica; en el de *la muerte del pecador y la del justo*, no sabemos como alabar suficientemente el arte delicado de escoger, distribuir y graduar los colores para componer cuadros de un efecto tan prodigioso: en el uno celebramos el talento; en el otro aplaudimos al genio; el primero se distingue por la fina vulgaridad de su lenguaje; el segundo, por la cultura de la expresion y la elegancia, digámoslo así, de los conceptos; la sublimidad del primero pertenece á la razon, al paso que á la imaginacion y al colorido ha de atribuirse la sublimidad del segundo; pero uno y otro deberán estar siempre á la vista de la juventud, para sostener sus virtudes, enriquecer y dirigir sus talentos, y proteger con absoluta seguridad los arrebatados y peligrosos impulsos de su naciente inspiracion.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA ORACION FUNERRE

DE BOSSUET

EN LAS HONRAS

DE ENRIQUETA DE INGLATERRA.

Si la elocuencia de los antiguos llegó á tal punto, que nos es difícil concebir un grado mas de perfeccion, cuando se trata de promover con el influjo de la palabra los grandes intereses de los Estados, la elocuencia sagrada tiene un carácter de elevacion que la hace superior á la elocuencia profana. La sencillez de aquellos discursos que sin mas objeto que el de explicar la santa doctrina, estan desprovistos de todas las galas de la imaginacion, tienen siempre por causa de su materia una superioridad á que no puede llegar por sí sola la razon humana. Los que van encaminados á descubrir la certeza de nuestros dogmas para rendir el orgullo de la incredulidad, ofrecen a la alma una satisfaccion mas pura y mas completa que los discursos academicos donde mejor se han movido los resortes del arte. ¡Que diré de esas concurrencias públicas en que un Ministro del altar se constituye á la vez intérprete del Dios vivo, pintor fidelísimo del corazon humano y órgano por donde